

REVISTA DE PERIODICOS.

MÉXICO, MARZO 1.º DE 1883.

Comenzaremos por corregir dos erratas que se deslizaron en nuestra revista anterior, y son las siguientes: En la página 207, línea 41, se lee: "puesto que se *tendrian* simplemente á restablecer una enseñanza," en lugar de "puesto que se *tendia* simplemente, etc." En la misma página, línea 45, se dice: "la dignidad del profesorado que en nosotros veíamos atracada," en vez de *atacada*, como es fácil suponer. Por lo demás, la completa falta de escritos sobre materias filosóficas, nos va á poner en la necesidad de suprimir esta parte de nuestra publicacion. Hace un año se notaba cierta animacion en el periodismo mexicano para tratar cuestiones que más ó ménos directamente se relacionan con la filosofía, y creimos por lo mismo, conveniente dedicar una seccion especial para dar cuenta de esos trabajos, en que veíamos la expresion de un movimiento intelectual que debia ser tomado en consideracion. La experiencia, sin embargo, nos ha venido á probar que nos equivocamos enteramente; que aquella animacion reconocia causas muy distintas de las que le suponíamos, teniendo en consecuencia que desaparecer con ella como ha sucedido. No nos detendremos en fijar esas causas, porque seria salirnos de nuestro propósito, penetrando en un terreno que nada tiene de filosófico; limitémonos á señalar un hecho, que no carece de significado. Tal vez más tarde se renueve la discusion, pues no nos sorprenderá que se hagan esfuerzos para restablecer una enseñanza que cuenta con fervorosos adeptos, en tal caso-volveremos nosotros á emitir nuestras opiniones con la franqueza que acostumbramos, no porque nos lisonjemos con decir algo nuevo á adversarios cuya ilustracion es notoria, sino porque es conveniente que todas las opiniones se examinen bajo sus diversos aspectos, pues de esta manera, áun las personas ajenas á cierta clase de estudios, pueden formarse un juicio exacto en cuestiones de un interés general. Las luchas filosóficas no son nuevas; áun en las épocas de más ignorancia y de ménos libertad intelectual, los pensadores se han dividido formando escuelas que se han disputado ardentemente el dominio de las ideas. Se comprende que sectarios apasionados que se figuran que fuera de sus opiniones no hay más que errores é ignorancia, se impacienten de que haya alguien que ponga en duda la infalibilidad de sus oráculos, y menoscabe de alguna manera el prestigio y los intereses que se abrigan á la sombra de esa infalibilidad; pero es preciso ver las cosas desde un punto de vista más elevado, reconociendo que no siempre el espíritu de secta se identifica con la conveniencia social. No debe extrañarse, pues, que si hay quienes opinen que el mayor servicio que puede prestarse á la juventud es inocular en su espíritu los gérmenes del ateísmo, del materialismo y del escepticismo, haya quienes juzguen de un modo enteramente contrario, y que usen por lo mismo del derecho de exponer su pensamiento con entera libertad. Los primeros se irritarán y agotarán contra los segundos las armas del *desden trascendente*, pero esos arranques de cólera no disminuirán en un solo ápice la dosis de verdad que se contenga en las doctrinas opuestas. Conocidas como son las ideas que profesamos y la marcha que en su exposicion y defensa seguimos, nada tenemos que ofrecer de nuevo, y esperamos que los lectores encuentren siempre en esta publicacion, la misma buena fe, la misma imparcialidad y el mismo respeto hácia nuestros adversarios.

J. M. VIGIL.

LA NEGACION POSITIVISTA

Y SU

VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN NTRA. SRA. DE PARIS, POR EL PADRE FÉLIX

Señores.

Hemos visto á la negacion materialista, lo mismo que á las anteriores, enarbolar la bandera de la ciencia y no dejar más que ruinas en los dominios científicos. Hemos visto que el materialismo, negando el alma como sustancia distinta del cuerpo, á la vez que acaba con los elementos que la componen y con las palabras que sirven para expresarla, echa por tierra la gran ciencia que ha ilustrado tantos ingenios, la psicología ó la ciencia del alma. Pero todavía lleva más adelante el materialismo sus devastaciones en el imperio de los conocimientos; porque negando el espíritu y proclamando el reinado exclusivo de la materia en el hombre, niega al mismo tiempo la libertad, proclamando el reinado exclusivo del mecanismo y de la fatalidad; y la negacion absoluta de la libertad trae consigo la negacion y la destruccion absoluta de la ciencia moral ó de la moralidad de los actos humanos. No más ciencia psicológica; no más ciencia moral: tales son los dos resultados infalibles del triunfo del materialismo.

Hasta aquí, señores, hemos visto cuatro grandes negaciones que bajo sus golpes destructores arrastran consigo, unas en pos de otras, la ruina de la verdad y de la ciencia como restos de un edificio que se demuele, piso por piso y piedra por piedra: hemos visto al naturalismo, al panteísmo, al ateísmo y al materialismo, siguiéndose y confundiéndose muchas veces en un horrible amontonamiento de ruinas científicas. Parecía que tocábamos ya á las últimas fronteras de la negacion, y que no podíamos proseguir sin volvernos atrás. Pero estaba reservado á nuestro siglo formar con los restos de todos esos sistemas, otro que aunque asimilándose los, se distingue de ellos por una fisonomía

REVISTA.—P. 29

Triplicé de
gitarum mun-
tal de la
humanidad.
W.F.

La verdadera filosofía de la historia consiste en poner de manifiesto á la luz de los hechos la sucesion regular y normal de esos tres estados en el desenvolvimiento del espíritu humano, los cuales constituyen el triple *régimen mental* de la humanidad. Así veis cómo el régimen *teológico*, partiendo desde la cuna de las religiones y de las sociedades, pasa por esas varias faces, se simplifica progresivamente, se va haciendo cada vez más abstracto, y á cada simplificacion que en él se produce, va teniendo ménos parte en la vida de los hombres. Veis además siempre á la luz de los hechos, el régimen *metafísico*, al principio subordinado al imperio del dogma, despues en rebelion abierta con los dominios teológicos, ganando cada dia terreno á la teología y tomando atrevidamente la dirección de las inteligencias en la era de las revoluciones que todavia dura. Veis, por último, al régimen *positivo* suplantando cada vez más á la misma metafísica, y despues de haberse ido apoderando sucesivamente de todas las ciencias, *eliminar* todo lo que no es él y absorber cuanto en él pueda entrar, y hoy dia pone el pié triunfante en el dintel mismo del órden social.

Tal es la sucesion de los tres estados por los cuales pasa de una manera fatal el espíritu humano. El último excluye á los otros dos, y los condena á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable, á causa de su oposicion radical con él.

No es difícil comprender de dónde procede ese antagonismo radical entre los dos primeros estados y el tercero. La índole general de las cuestiones es enteramente opuesta entre la filosofía teológica ó metafísica, y la filosofía positiva, puesto que la una se ocupa en lo absoluto y la otra en lo relativo, y nada más que lo relativo. Tal es la línea profunda de demarcacion que en adelante ha de separar el pasado y el porvenir del espíritu humano. Hasta ahora, el hombre ha dejado lo finito y lo relativo, para ir en pos de lo absoluto, y lo infinito; y lo infinito y lo absoluto son inaccesibles al espíritu humano, no siendo susceptibles de demostracion ni de refutacion. El espíritu humano, en sí mismo no es lo absoluto ni lo infinito: preguntarle el secreto de uno y otro, es pedirle lo que no tiene ni puede dar. Por tanto, encerrarse en el círculo de lo que la escuela llama lo *contingente* y lo *relativo*, constituye una diferencia capital entre una y otra filosofía, y abre entre ellas un abismo que impedirá al mundo del porvenir volver á las doctrinas de lo pasado.

Este es el partido definitivo y la resolucion inquebrantable que toma el positivismo. Así es que de hoy en adelante el positivismo no diseutirá ya con los teólogos ni con los metafísicos, sino que les volverá la espalda y los pondrá *fuera de la ciencia*. Y esa exclusion que pronuncia el positivismo contra la teología y la metafísica, no la pronuncia ménos contra la psicología y la moral, tal como los filósofos le han comprendido en nuestros dias. La psicología ó la ciencia del alma, considerada como sustancia inmaterial, no es ménos quimérica en su objeto que la misma metafísica; y los hechos de conciencia, considerados como distintos de los fenómenos fisiológicos, no tienen más que un valor puramente *nominal*. La moral aceptada como legislacion de nuestra vida espiritual, escrita en el fondo del alma por el dedo divino, tampoco es en sí misma otra cosa que una bella ilusion. La verdadera moral, la que consagra la ciencia, descansa por completo en la distincion de los instintos *egoistas* y de los instintos *altruistas*, ó sea los que concen-

Lo absoluto
y lo relativo
aquello objeto
de la teol. y
Met. esto
de la fil. pos.
W.F.

Teólogos y
metafísicos
puestos fu-
era de la cien-
cia.
W.F.

Egoismo y
altruismo polos de la vida moral de la humani-
dad W.F.

tran al hombre en sí mismo, y los que lo inclinan hacia los demás. El egoismo y el altruismo son los dos polos en la vida moral de la humanidad.

Una vez descartadas todas las regiones de la hipótesis y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se estrechan de un modo notable, pero es para iluminarse más. El positivismo, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de llevar la ciencia de claridad en claridad desde su base más profunda hasta su más elevada cumbre, es decir, desde los primeros elementos de las matemáticas hasta la cima luminosa de la *sociología* ó ciencia de la sociedad, último término á que ha de llegar un dia la filosofía positivista.

Ya veis, pues, lo que de hoy en adelante ha de entrar en ese reino de la luz pura y constituir los elementos de la ciencia nueva: hechos, y nada más que hechos; hechos, con las leyes inherentes á su naturaleza y las fuerzas *inmanentes* de la materia. Es necesario desarraigar esa preocupacion que tan cuidadosamente han infundido los teólogos y los filósofos, de "que hay dos órdenes de hechos perfectamente distintos, los que caen "bajo los sentidos, y los que solo descubre la conciencia;" porque esa distincion es el vicio fundamental de la ciencia de lo pasado. "Todos los hechos son" esencialmente *homogéneos*, y no hay más que un procedimiento para conocerlos, que es la experiencia ó la observacion. Todo fenómeno real debe ser observable; y para eso es necesario que caiga *bajo los sentidos*. Toda otra observacion es esencialmente vana.

Por eso, en vez de lanzarse con la imaginacion en busca de las *causas* y de la *esencia* de los seres, el procedimiento único y universal que de hoy en adelante ha de conducir al verdadero conocimiento de aquellos seres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar por medio de la observacion las cosas en sí mismas, con sus fuerzas *inmanentes*; y sustituir á las aventuras de la especulacion teológica, metafísica, moral, ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo, aplicado á las realidades materiales. Ahora bien, seis ciencias que están ligadas entre sí, y se auxilian unas á otras, encierran dentro de sus grandes líneas el conjunto de los hechos observables y el campo de las investigaciones científicas: estas seis ciencias son: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología; las matemáticas, que son la ciencia del número, de la dimension y de la extension abstracta; la astronomía, que es la ciencia de los movimientos de los cuerpos y de su extension determinada; la física, que es la ciencia de las leyes generales que rigen á la materia; la química, que es la ciencia de las afinidades de los cuerpos y de sus elementos moleculares; la biología, que es la ciencia de los seres vivientes; y la sociología, que es la ciencia del hombre social. Cuanto es posible *saber* está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias; y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada á moverse en lo porvenir.

Tal es el edificio científico que el positivismo construye para elevar el espíritu humano. Su base es ese diamante inquebrantable que se llama la ley matemática; y en su más alta cumbre muestra la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, ó en términos positivistas, la *biología* y la *sociología*. Entre esas dos ciencias, de las cuales una es la expresion de lo más sencillo y otra de lo más complejo, la obra maestra de la filo-

Hechos -
leyes y fuer-
zas
W.F.

todos los he-
chos son ho-
mogéneos y
solo la expe-
riencia los
conoce
W.F.

Seis únicas
ciencias se-
gún el po-
sitivismo;
en que se en-
cierra la cien-
cia humana
W.F.

especial y se presenta entre nosotros como la reunion más completa de negaciones que se ha visto nunca en la historia del espíritu humano. Y lo que en particular caracteriza ese sistema, y le reviste de un interés especial desde el punto de vista en que estamos colocados, es que esa vasta sistematización de errores, y ese enorme conjunto de negaciones se nos ofrece precisamente como la más alta expresión del saber y la más completa organización de la ciencia en el siglo XIX. Ese sistema tan extraño se ha dado un nombre más extraño todavía: se llama el *positivismo*.

¡El positivismo! Esta palabra, inventada para expresar un conjunto de negaciones, es más que todo una cosa bien extravagante. La palabra *positivo* tiene en las tradiciones de nuestra lengua francesa sentidos muy diferentes según la especialidad de las cosas que expresa y que nadie entre vosotros puede ignorar. Trabajo nos cuesta, por lo tanto, comprender á los hombres que nos traen con aire de reveladores esa novedad singular que se llama el positivismo; y no podemos ménos de preguntarnos si nos hablan con formalidad esos cándidos reformadores, cuando nos dicen, mirándonos con tanta altivez y con tan raro desden: "Nosotros, los sábios, somos positivistas: nosotros profesamos la "ciencia y la filosofía *positiva*: ciencia del progreso, filosofía del porvenir, que ha de "regenerar al mundo y trasformar á la humanidad."—Oráculo de profetas, símbolo de novadores, que anuncia, no sólo una nueva revolución social, sino como ellos dicen en su prodigioso idioma, *una nueva educación de las inteligencias*.

Por honor á nuestro carácter nacional, que tiene tanto anhelo por la claridad y tanta sed de luz, es necesario entenderse ántes respecto al sentido de las palabras; y para esto es preciso que el positivismo consienta en darse á conocer, definiendo y exponiendo su propia doctrina. Investiguemos, pues, ántes que todo, cuál es la fórmula explícita de su símbolo, el secreto de sus ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Después de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creación prodigiosa del siglo XIX, pondremos de manifiesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organización* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposición y á la refutación de esa forma fantástica de la negación contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habría que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan lejos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradicción filosófica. Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza; y la fascinación que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mentís que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el orden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el orden moral: esto es lo que me decide á exponer primeramente, refutando después en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

sol de xpl si á...
 habitar...
 I.
 ...

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, ántes de entrar en la refutación directa de ese sistema tan antipático al buen sentido del género humano, y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por hacerlos de él una exposición clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposición de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ó ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasaremos entre esos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros suscintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atención, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buen positivista, es decir, como muy mal católico, y debo añadir, como muy mal filósofo.

Para entrar con conocimiento de causa en la nueva secta, hé aquí lo que primero debe admitir el iniciado. Ha de saber "que todas nuestras concepciones, de cualquier orden que sean, pasan sucesivamente por tres estados, cuyo orden determina la naturaleza de las cosas y está señalado en la historia por distintas etapas: el estado teológico, el estado metafísico y el estado positivo. Este desenvolvimiento del espíritu humano es universal y no reconoce excepción. En el estado *teológico*, el hombre, trasportando al mundo exterior la idea que de sí tiene, *supone* que los objetos se mueven por la acción de voluntades superiores, pero en la esencia análoga á la suya. De aquí la hipótesis de los ángeles y de las divinidades paganas; de aquí también la hipótesis de Dios. En el estado *metafísico*, el hombre sustituye entidades abstractas á las concepciones concretas de las teologías; y *supone* á esas entidades, que son producto de su propia imaginación, con una realidad y una objetividad que no existen. De aquí un conjunto de especulaciones estériles y de supuestos conocimientos metafísicos, tan faltos de realidad como la misma teología. Por último, en el estado *positivo*, que es la era de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, el hombre reconoce su verdadera situación en medio del orden universal de que forma parte; y llega á hacer un gran descubrimiento, cual es que los movimientos de los seres y el conjunto de sus fenómenos están determinados, no por *voluntades libres*, sino por las *propiedades* de las cosas, por fuerzas *inmanentes*, cuyo conocimiento sirve de base á toda la ciencia.

Los tres
 estados —
 teológico —
 metafísico —
 positivo
 Ley general
 positivista.

W.F.